

LAS LEGIONES DE CÉSAR

Por Esteban Coronado Berosio

Cuando se mencionan los logros del Imperio Romano, suelen acudir a nuestra memoria sus calzadas, sus ciudades, puentes, acueductos y otras monumentales obras de ingeniería. Si de lo que hablamos es de legiones romanas, es probable que, guiados un poco por Hollywood, rememoremos compactas formaciones de soldados en ordenadas líneas, escudo en alza y pilum apuntando al contrario, dispuestos a destrozarse inevitablemente con tan pulcra disciplina a un desordenado ejército enemigo. Rara vez asociamos el genio creador romano a su indiscutible éxito bélico.

ROMA Y LA GUERRA

Todo legionario era capaz de construir un puente, una muralla, desviar un río o levantar un campamento con todas sus defensas en unas pocas horas.

La verdad es que un legionario romano no era tal sino hasta después de un completo y riguroso entrenamiento, de sesiones interminables de ejercicios con los que se lograba una disciplina inestimable que convirtió al ejército romano en la mejor máquina de combate en el mundo conocido durante siglos. Pero también es cierto que en este formidable cuerpo militar no había especialistas pontoneros, minadores, arquitectos o zapadores, y que todo legionario era capaz de ponerse manos a la obra y construir prácticamente en un abrir y cerrar de ojos un puente, una muralla, desviar un río o levantar un campamento con todas sus defensas (empalizada, foso, torres y calles) en unas pocas horas.

La historia de Roma está jalonada de combates en donde lo que se impuso no fue un valor militar cercano al heroísmo, al estilo de Horacio Cocles o Mucio Scévola, sino más bien una visión práctica, casi "económica". Una buena legión fue siempre difícil de conseguir y entrenar, amén de resultar bastante cara en su mantenimiento, y por ello el método de combate romano se caracterizaba entre otras cosas por su mínimo riesgo de pérdidas humanas (salvo raras excepciones, una legión podía ser vencida, pero no exterminada) y un sentido de lo eficaz muy afín al conjunto general de la forma de ser del romano. Como Escipión el Africano dijo en alguna ocasión, las batallas se ganan meses antes de celebrarse, sobre una mesa de despacho.

La lista de los enfrentamientos militares de Roma incluye un buen número de ocasiones en donde, ante un enemigo "invencible" por su número, posición o armamento, los romanos suplieron su desventaja inicial con un estudio meticuloso de la situación y la adopción de medidas obvias, independientemente de su aparente imposibilidad o faraónica proporción. En estas ocasiones, el general romano no se distinguió por una táctica brillante y sorpresiva, sino simplemente por concienzudas, apropiadas y resistentes obras de ingeniería.

Por ejemplo, durante la Primera Guerra Púnica. Roma y Cartago eran las dos primeras potencias militares de la época, y sus enfrentamientos resultaron violentísimos. En la Primera Guerra, Cartago constituía una fuerza naval de primer orden, con siglos de experiencia a sus espaldas. Los romanos, que no habían salido de la Península Itálica, eran invencibles por tierra, pero inexpertos en el mar. La guerra fue larga (264-241), con victorias terrestres de los romanos, y navales de los púnicos, pero por muchas flotas que destruyeran los cartagineses, Roma siempre creaba otra. La inapreciable constancia romana. Y entonces entraron en liza los ingenieros. Inventaron toda una suerte de artilugios, garfios, ganchos con palancas, enormes grapas que se lanzaban desde la borda para sujetar al barco enemigo mientras era invadido por soldados, o el propio puente de abordaje, que hicieron que las batallas en el agua dejaran de serlo. En lugar de dos flotas con sus bajeles zigzagueando, fintándose y embistiendo uno a otro, los romanos convirtieron los enfrentamientos navales en conseguir una enorme plataforma de cubiertas de barcos trabados entre sí, por las que los legionarios podían ir y venir a su antojo, haciendo de un combate marítimo un combate terrestre. El resultado, después de esta treta, no se hizo esperar, y la principal arma púnica quedó vencida por fin en la batalla de las islas Égadas.

Otro caso sería el de Escipión Emiliano, también apodado "el Africano", por su destrucción de Cartago, como lo fue su abuelo adoptivo después de su victoria frente a Aníbal en Zama.

Nombrado cónsul en el 134 a. C., tomó Numancia, dando así por finalizada la guerra contra lusitanos y celtíberos. Pero para ello, ni desplegó sus legiones en un terreno favorable, ni asaltó valientemente las murallas, por lo demás inexpugnables. Numancia, que ya había dejado en ridículo a tres generales romanos (Quinto Pompeyo 141-140, Popilio 139-138 y Hostilio Mancio 137 a. C.) se vio empujada al suicidio masivo colectivo, por 60.000 legionarios armados de una estrategia invencible: la paciencia y la albañilería. Escipión, para evitar el avituallamiento de la plaza, la entrada de refuerzos y salidas inesperadas de los sitiados, cerró el río mediante sogas y rastrillos erizados de púas. Posteriormente rodeó a la ciudad con 7 campamentos fuertemente fortificados, y por último fue uniendo con tesón y buen tino estos campamentos con una muralla que circunvalaba la plaza celtíbera. Los atónitos sitiados contemplaron durante más de un año cómo esa muralla crecía y crecía en altura, hasta que alcanzó aquella que, sobrepasando los propios muros de Numancia, permitió a la artillería romana instalarse en ella y barrer a voluntad el interior de la ciudad. El resultado, todos lo sabemos.

Y si de obras mastodónticas usadas para vencer plazas inconquistables queremos hablar, el paradigma fue la toma de Massada. Tras la conquista de Jerusalén en el año 70 de nuestra era, los restos del ejército zelote con sus mujeres y niños, bajo el mando de Eleazar ben Jair se refugió en Massada, en el desierto de Judea. En total serían casi mil personas. Desde allí se dedicaron a hostigar a los ejércitos romanos mediante guerra de guerrillas, hasta que la X Legión, con el gobernador romano Flavio Silva al mando, puso sitio a la fortaleza. Construyeron de nuevo un muro de circunvalación para evitar fugas, y comprobaron que la única manera de tomar Massada sería derribando un lienzo de murallas que los expertos ojos romanos descubrieron como débiles. Sólo había un pequeño problema: dicha muralla se encontraba a más de 400 metros de altura, en lo alto del peñón que hacía a la ciudadela precisamente imbatible. De nuevo se puso a trabajar el ingenio romano, y bajo un sol de justicia movieron miles de toneladas de arena y piedra en pleno desierto hasta construir una rampa por la que subir un ariete con el que derribar el muro. Simple. Y sobre todo, efectivo.

CAYO JULIO CÉSAR, UN GENERAL DE PICO Y PALA

- (...) ¡Ya va siendo hora, me he dicho a mí mismo, de que esos cunni de soldados que tengo en mis legiones vuelvan a hacer lo que mejor saben hacer! ¿Qué es lo que hacéis mejor, muchachos?

- ¡Cavar! - respondieron los soldados, echándose a reír

McCullough, C. César.

César quizás haya sido el general romano por excelencia. Sólo le hizo sombra su propio tío, Mario, que llegó a ser cónsul siete veces, cinco de ellas consecutivas. A Cayo Mario le debemos la mayor reforma de la legión romana, con su sistema de levallas, la renovación del equipo del soldado romano, que llegó a ser por fin uniforme, y la reestructuración de manípulos y cohortes. Realizó la proeza de detener las invasiones (mejor dicho, migraciones, ya que se trasladaron tribus enteras) de cimbrios y teutones, con, según algunos autores, un total de 750.000 efectivos. Nunca fue vencido, y si de algo adoleció, fue de no estar políticamente a la altura de su genio militar.

El caso de Cayo Julio César fue muy distinto. En él podemos encontrar a un modelo de estratega, de administrador, de político, literato,... en fin, alguien casi perfecto en todos los campos del quehacer humano, independientemente de cómo le hayan juzgado unas corrientes históricas u otras.

César nace hacia el año 100 antes de nuestra era en el seno de una familia patricia de antiquísimo abolengo. Sus progenitores enlazaban en línea directa nada menos que con Rómulo y Eneas (es decir, Marte y Venus, respectivamente). Aunque se sabe poco de su primera infancia, seguramente recibió una esmerada y completa educación tutelada de cerca por su madre Aurelia, un auténtico ejemplo de matrona romana, debido a las ocupaciones de su padre primero, y la muerte de éste cuando César tenía dieciséis años. Existen muchas

leyendas en torno a su figura cuando fue niño, leyendas que ahondan en el gran personaje que, con el tiempo, Julio César llegaría a ser.

Lo más probable es que creciera escuchando y aprendiendo directamente de su tío Mario todo lo que un noble romano debía saber sobre la vida militar, el mejor medio y el más valorado entre los ciudadanos romanos para obtener honores, y ascender después en la carrera política. El joven César, altamente capacitado para ello, se empapó bien de tan sabias experiencias, y posteriormente las supo aprovechar, y agradecer con el tiempo a la figura de su tío todo lo que de él recibió.

Creció durante una época muy convulsa de la historia de Roma. El modelo de República se estaba quedando pequeño, más bien ineficaz, para el gobierno del ámbito romano, y ello provocó diversas convulsiones internas, guerras civiles y enfrentamientos con el resto de pueblos y naciones que poblaban la península itálica, que por aquel entonces comenzó a llamarse Italia. En el 91 fue asesinado Druso, básicamente por proponer y casi conseguir la ciudadanía romana para las tribus itálicas asociadas. A causa de ello, en el 90 estalló la llamada "Guerra Itálica", donde vestinos, picentinos, marrusinos, frentanos, marsos, oscos, pelignos, hirpinos, lucanos y samnitas, como más importantes a mencionar, se enfrentaron a una Roma con su Senado desunido.

Las circunstancias históricas quisieron que Roma sobreviviera, y que en esta guerra destacasen Lucio Cornelio Sila y Pompeyo Estrabón. El segundo sería el padre del futuro rival de César, Cneo Pompeyo Magno, otro niño prodigio en el arte militar. Sila se hizo nombrar dictador, e instauró un régimen de terror que duró hasta su autorrenuncia en el 79. Murió al año siguiente.

Por si fuera poco, en el 73 se declaró la guerra de Espartaco. En esta ocasión quien tuvo la posibilidad de destacar fue Marco Licinio Craso, que acabó con el ejército de esclavos en el Sur de Italia (año 71), mientras Pompeyo hijo aplastaba los últimos focos de revuelta en el Norte, cuando regresaba de vencer a las tropas de Sertorio en Hispania.

Tanto Craso como Pompeyo jugarían un papel principal en la vida de César. Ambos eran generales victoriosos, ambos tenían el dinero suficiente para la actividad política, y ambos descendían de familias con poder. Ambos fueron elegidos cónsules en el 70.

Mientras todo esto ocurría y preparaba la situación para la entrada en escena de César, éste continuó con su educación romana tradicional.

Casado muy pronto con Cornelia, madre de su hija Julia, el dictador Sila le ordena repudiarla. Cuando toda Roma tiembla bajo la mirada del dictador, César lo desafía, se niega a hacerlo, y debe huir de Roma por ello, con tan sólo 18 años.

Comienza su carrera militar como oficial en Asia, destacando en Mitilene, donde obtiene su primera condecoración al valor, la corona cívica de hojas de roble. En Cilicia presta un servicio indispensable, reuniendo una flota para su general, mientras se inicia en las artes navales.

César no tiene prisa. Es consciente de su valía, y además quiere conseguir los cargos políticos en el orden y tiempo que la tradición dictaba. Cuestor en el 68. Edil curul en el 65. Gran pontífice en el 63 y Pretor en el 62. Propretor en Hispania en el 61 y, por fin, Cónsul en el 59.

Después de esto, en su asociación con Pompeyo y Craso, consiguió el proconsulado de Iliria, la Galia Cisalpina y la Galia Transalpina para cinco años, con mando de cuatro legiones.

CÉSAR EN LAS GALIAS

Fue durante el período denominado la "Guerra de las Galias" donde el genio militar de César eclipsaría para siempre en la historia el de cualquier romano anterior o posterior a él. Durante esta campaña, que fue mucho más larga de lo que en principio se quiso, pero a su vez, asombrosamente corta para los hechos que en ella se sucedieron, las legiones de César tuvieron la oportunidad de brillar por su valor muchas veces, y como tal se

recuerdan. Su forma de plantear las batallas resultó revolucionaria en multitud de aspectos, y, por ejemplo, se convirtió en uno de los primeros estrategias romanos que utilizaron con asiduidad la artillería no sólo en asedios, sino también en los combates de infantería.

Sin embargo, en otras ocasiones la victoria le vendría de la mano de la capacidad de construcción romana. Este hecho parece haber sido eclipsado por sus otras cualidades, cayendo en el olvido en la historia del arte de la guerra.

Las Galias eran tres regiones distintas. Por un lado, la Cisalpina, desde los Alpes hasta el célebre Rubicón. Era parte de Italia, aunque su reconocimiento como tal tardaría aún en llegar. Otra Galia se conocía como Cisalpina o Narbonense, colonizada desde antiguo y de población gala, griega y romana. Es la conocida hoy como Provenza. También se conocía como Galia Togata.

Por último, nos encontramos con la Galia Comata, o de las cabelleras largas, habitada por un sinnúmero de tribus más o menos estructurados en clanes, gobernados por un régimen similar al feudal, y cuyos gobernantes eran electos de entre una especie de asamblea de notables. Heterogéneo crisol de tribus, en realidad, lo único que parecía unirles era el druidismo, que tanto papel jugó en el enfrentamiento contra César.

La Galia Comata se consideraba dividida en otras tres partes: lindando con Germania, al noreste, los belgas; aquitanos en la Galia cercana a los Pirineos; y en el centro, hasta el Canal de la Mancha, los celtas.

Muy combativos entre sí, los galos no tenían reparos en contratar o pedir ayuda a pueblos extranjeros para que tomaran parte en sus continuas reyertas. De una de estas peticiones derivaría a la postre la excusa para la intervención romana en un territorio que, aparentemente, no le había declarado la guerra a Roma.

LOS GERMANOS

Los germanos, pueblo mucho más rudo y combativo que los galos, siempre codiciaron las fértiles tierras de la Galia, tan rica en bosques, tierras de labor, caza, madera... y minas de hierro y oro. Bajo el mando de Ariovisto, ya habían tenido la ocasión de instalarse en la tierra de arvernos y secuanos, lo que sería la actual Alsacia, al cobrarse la tierra como tributo por una intervención a favor de éstos en la guerra que sostuvieron contra los eduos, a su vez aliados de Roma.

Además, en el 58, los helvecios (Suiza), presionados por los suevos, quisieron emigrar hacia el oeste, pero para ello era inevitable que atravesaran o bien la Provenza, bajo protectorado romano, o bien el territorio de los eduos, que aunque en principio autorizaron tal tránsito, pronto recabarían la ayuda de su aliada, Roma.

César se puso manos a la obra, en sentido literal. Con un contingente de 4.800 soldados se propuso contener la migración de trescientas cincuenta mil personas, de las cuales noventa mil serían combatientes. Entre el monte Jura y el lago Lemano, para frenar el avance de los helvecios, construyó un muro de 26 km y medio de largo, de cuatro metros y medio de alto y foso igual de profundo, con torretas y fortines sabiamente distribuidos. Con este muro evitó que su poco numeroso ejército fuese rebasado y aplastado por tan alto contingente enemigo. El ejército bromeaba diciendo que las batallas eran el premio que César les otorgaba por... todo aquel trabajo con la pala, por construir, por transportar troncos y por sudar tinta trabajando (McCullough, Collen)

Tras varios intentos de avance, rechazados todos por Julio César, los helvecios optaron por cruzar por territorio secuano. Aquí demostró César la eficacia de otra de sus armas: su rapidez. Desde Ginebra, donde dejó a su legión fortificada, marchó a la Galia Cisalpina a reclutar dos nuevas legiones, mientras a su vez ponía en marcha otras tres que invernaban en Aquileya, bajo el mando de Tito Labieno. Reunió unos 28.000 legionarios y 4.000 jinetes galos aliados.

En el río Arar llevaban los helvecios 19 días cruzando en balsas personas y pertrechos. César apareció de repente a marchas forzadas con tres legiones, y masacró a las huestes helvéticas de una orilla mientras del otro lado, la mitad del ejército helvecio lo contemplaba atónito. En un solo día las legiones de César construyeron un puente y cruzaron todas el río, sin mojarse un solo pelo de la ropa. Siguiendo a una distancia prudente a

sus enemigos, César por fin se enfrentó a ellos en Bibracte. Dejando en reserva a las legiones de novatos, las tropas romanas se dispusieron a enfrentarse a un contingente de 70.000 guerreros que cargaron en un frente compacto. Se cuenta que César retiró del campo todos los caballos, incluyendo el suyo, para significar que no había vuelta atrás. La superioridad del armamento romano, y el ejemplo de su general, César, hicieron pedazos ese frente.

El pilum pesado, el arma arrojadiza del legionario, se lanzaba cuando la carga del enemigo estaba suficientemente cerca. Entonces, a una voz, al enemigo atacante le caía encima una auténtica lluvia de dardos que se clavaban en los escudos, generalmente de madera. Como además estos escudos se llevaban en alza, un solo pilum podía atravesar varios de ellos. Una vez ensartados uno o varios escudos, el ingenio romano obraba su magia. Los pila, o bien se partían por el astil, que era de madera, o simplemente se doblaban por una especie de bisagra que se colocaba ex profeso en la unión de la pieza metálica al mango. De todas formas, lo normal era que se retorceran con el impacto, ya que tenían una forma bastante esbelta. El resultado acababa siendo que el enemigo tenía que luchar con ese cacharro, imposible de sacar, clavado en sus escudos. Algo harto molesto. Así que al poco del combate cuerpo a cuerpo, qué remedio, arrojaban al suelo pilum y escudo, indispensable protección, quedando en inferioridad manifiesta frente a las espadas cortas romanas, diseñadas no para tajar, sino para embestir pinchando. En distancias cortas, otro arma formidable. La idea de incluir el pilum y el gladio, la espada, como armas "reglamentarias" fue de Mario, y la peculiar forma de comportarse de esta lanza arrojadiza supuso la ruptura de las líneas helvéticas.

La supremacía de la industria romana era apabullante.

CÉSAR EN BRETAÑA

Las legiones de César tuvieron ocasión de demostrar su dominio en ingeniería en multitud de ocasiones a lo largo de la Guerra de las Galias. Sin este conocimiento casi innato en todo romano, la sola disciplina y saber militar de los soldados de César no hubieran bastado para realizar la conquista de tan extenso y poblado territorio.

Los vénetos, en la Bretaña francesa, se sublevaron amparados en sus fortalezas, que las mareas se encargaban de aislar completamente de tierra. César ordenó armar una flota con la que enfrentarse a los navíos vénetos, bajeles acostumbrados a navegar en las duras condiciones del Atlántico. Al principio, los pequeños barcos romanos no pudieron ni siquiera arañar a las inmensas moles britanas, de altísimas bordas, pero otra vez intervino la astucia romana. César hizo equipar a sus marinos con largas pértigas terminadas en hoces con las que cortaban los cordajes enemigos. Las pesadas velas de cuero caían sobre la tripulación, y los barcos vénetos, desprovistos de remos, quedaron inermes ante el ataque romano, que los vencieron al asalto.

En el 55 algunas tribus germanas, otra vez acuciadas por los suevos, cruzaron el Rhin. César no sólo se contentó con detenerlas, sino que en el plazo de 10 días construyó un sólido puente sobre el turbulento y caudaloso río germano. Corriente arriba situó empalizadas que menguasen la batida de la corriente y los posibles troncos y madera que los enemigos arrojaran. El puente, con cimientos en forma de "X" para dejar pasar el agua, se culminaba con tablones y zarzaje. Cerca levantó un fortín para defender las obras, y un posible cruce enemigo, al alcance de su artillería. Por aquí cruzó al mando de sus legiones, contentándose esta vez con asustar mediante correrías a las tribus locales. Cuando consiguió la sumisión de los pobladores, se retiró, desmontó el puente y lo guardó en la fortaleza, listo para ser montado de nuevo. El mensaje era claro para los germanos, y César no quería un frente a su espalda mientras continuaba con su trabajo en Galia.

En el 55 desembarca por segunda vez en Bretaña (Reino Unido), para acabar, según César, con los refuerzos de hombres y bagajes que los parientes del otro lado del Canal de la Mancha hacían llegar a sus primos del continente. En esta ocasión utiliza 800 naves, y el desembarco lo narra como un auténtico ejemplo de heroísmo. Vence a Casivelauno y sus carros de combate, y se vuelve a la Galia.

LA REBELIÓN DE VERCINGETÓRIX

Después de pacificada la Galia belga, fue la Comata la que bullía en insurrecciones. Lejos César de su ejército, surge la sublevación, con dos ideas: una revuelta general que inmovilice las legiones, separadas entre sí por la invernada, hasta su aniquilamiento; e imposibilitar a César que pueda reunirse con ellas. Cualquiera que hubiera estudiado a César mínimamente, debería saber que esto último era imposible.

Mientras Vercingetórix es nombrado comandante en jefe, aún con muchas reticencias por parte de los galos, César elude el bloqueo mediante el legendario cruce del Cebenna, paso montañoso por el que arrastra a sus legiones de refuerzo a través de más de metro y medio de nieve, y aparece en territorio arverno por la retaguardia y en total sorpresa.

Vercingetórix intenta utilizar con César la táctica de la "tierra quemada", pero comete un gravísimo error. Aunque en realidad la historia parece decir que no estaba de acuerdo, los nobles galos no le dejaron otra opción. Ni evacúa ni destruye los valiosísimos víveres que se custodiaban en la fortaleza de Avarico, y aunque acampa casi a la vista de la ciudad, envía emisarios a ésta indicando que no piensa atacar a César. El general romano, después de una rápida inspección, encuentra el punto por el que las impresionantes murallas debían ser asaltadas.

Avarico era una ciudad auténtica, más que un poblado, rodeada de estructuras naturales que la convertían en una plaza fuerte, según los galos, imposible de tomar. Se encaramaba en un altozano natural de peñascos, en el centro de amplias zonas de pantano, por las que ningún ejército podía moverse. Unas muy anchas y altas murallas hacían el resto, y la puerta se encontraba al final de un camino excavado en la roca viva. Justo antes de llegar a la puerta, el camino descendía a una hondonada natural, por lo que las murallas se hacían aún más elevadas. Al parecer, estas murallas estaban construidas con una trabazón de piedras y vigas de madera. La madera impedía el ataque de los arietes, y la piedra los posibles incendios que los atacantes pudieran provocar para derrumbar la muralla.

César tenía la obligación de tomar la plaza por dos razones. Por un lado, carecía de víveres y suministros, y los que se guardaban en el interior de la ciudad le resultaban vitales. Por otro, los galos estaban convencidos de la imbatibilidad de su fortaleza, y necesitaba también el golpe de efecto para debilitar su moral.

DECIDIÓ ASALTARLA POR LA PUERTA

Empezó a levantar dos muros paralelos a lo largo de la hondonada, comenzando por su parte más alta, que estaba casi a la altura de las murallas, pero a unos 500 metros. Miles de troncos fueron talados para asegurar la estructura, y paletadas y paletadas de tierra y piedra se iban volcando para construir entre los muros un terraplén de 100 metros de anchura que llegase casi hasta el borde de las murallas. Además, se construyeron aparte dos torres de asedio, y se iban preparando los proyectiles de los escorpiones, unas máquinas que lanzaban con precisión diabólica unos dardos de un metro de largo, afilados en un extremo y tallados con guías en forma de pluma por detrás. Grandes cobertizos de piel avanzaban por el muro a la vez que el terraplén, para proteger a los constructores. Cuando la obra se acercó a las murallas y los constructores se pusieron al alcance de arqueros galos, comenzó a cantar la artillería romana, y los escorpiones barrieron de los parapetos a cualquier galo que osara asomar la cabeza

En 25 días el trabajo estaba terminado. El terraplén de asedio tenía 25 metros de altura y 100 metros de torre de asedio a torre. La ciudad fue tomada. De 40.000 personas que había en el interior del recinto, sólo se salvaron apenas 800, que acudieron con Vercingetórix, el cual las recibió con una especie de os lo dije...

ALESIA

La toma de Avarico precipitó el final de la guerra. Después del "empate técnico" de Gergovia, Vercingetórix cometió, esta vez de su propia mano, el último de sus errores. Después de un combate, adonde César lo atrae haciéndole creer que se bate en retirada, decide refugiarse en otra fortaleza gala, a la espera de los refuerzos que le permitan por fin, vencer al romano.

Alesia ("la roca", en galo) se encontraba en lo alto de un monte muy elevado, inexpugnable si no es por bloqueo, en una meseta de 1.500 m de longitud, 1.000 m de anchura, y 150 m de altura. Las tropas de Vercingetórix se asentaron por la meseta y el interior de la ciudad. Dos ríos la circundaban. Delante de la ciudad, a los pies de la colina, se extendía una llanura de casi cinco km de largo, y en todo alrededor se erguían colinas de igual altura. 80.000 galos aguardaban en lo alto de la colina el refuerzo de un ejército de

otros 240.000 combatientes celtas. 320.000 soldados. Frente a ellos, César, con todos sus efectivos: unos 50.000 hombres.

Antes mencioné el paradigma de los asedios en los libros de historia: Massada. Pero, para mí, el momento cumbre de las construcciones romanas de combate es, sin duda ninguna, Alesia.

César sabía que tenía algo de tiempo antes de que el ejército de refuerzo fuera reclutado y le atacara por la retaguardia. Cifró ese período en 30 días, y puso a sus legiones a cavar, talar, ahondar, desviar ríos y levantar empalizadas, torres y fortines con verdadera fruición, algo que los legionarios de César hicieron una vez más, seguros de la táctica de su jefe, y con una operatividad y eficacia asombrosa.

La idea era simple, pero a la vez descomunal: sitiarse a los sitiados y levantar un muro de protección que a la vez aislara los dos contingentes galos cuando el ejército de refresco se presentara. Una estructura de dos anillos concéntricos, uno mirando hacia el exterior y el otro hacia Alesia, en el interior de los cuales las tropas romanas debían poder moverse con soltura. Y manos a la obra...

Para ello, lo primero que César hizo fue cavar un foso de 6 m de anchura circundando la meseta, evitando de esta manera posibles ataques por sorpresa desde el interior de Alesia. A 120 m situó, después, el comienzo de las excavaciones, para que los soldados que las realizaran estuviesen a salvo de las armas arrojadas de los sitiados.

Las obras que circunvalaron Alesia fueron titánicas. A lo largo de 16 km de perímetro fueron excavados dos fosos, de tres metros y medio de anchura y profundidad. El más cercano a la muralla, que medía 4 metros de altura, en forma de "U", se llenó con el agua desviada de los dos ríos cercanos. El más interno tenía forma de "V", con lo que se evitaba la posibilidad de poner el pie en el fondo. La tierra extraída de ambos fosos sirvió para levantar un terraplén a continuación del foso en "V", coronado por una empalizada a la que se agregaron ramas gruesas con las puntas afiladas, a "manera de astas de ciervo". Terraplén y foso suponían, sin la empalizada, un desnivel de siete metros y medio. Cada 25 m se elevó una torre, y a lo largo de todo el perímetro se construyeron un total de 23 fortines para guarecer las tropas romanas.

No contento con esto, la obra fue más allá, y para estorbar las acometidas del enemigo, rodeó el foso externo con cinco hileras de fosos de 1'5 m de profundidad, en cuyo fondo se clavaron ramas muy fuertes, de varios brazos, a las que se les aguzaron las puntas posteriormente (cepos). Delante de ellas agregó tres hileras de hoyas colocadas en damero con gruesas ramas... del tamaño de un muslo (los "lirios"). Y precediendo a estas ocho hileras, se enterraron tarugos a las que se sujetaron una especie de erizos metálicos, con ganchos y púas (a estas delicadezas las llamaron "abrojos"). Estas filas de defensas fueron cubiertas con maleza y ramitas, y soterradas con el fin de ocultarlas a los ojos de Vercingetórix.

Trece días tardaron las tropas de César en "sitiarse" Alesia con esta faraónica estructura. Pero ahora había que defenderse del ataque exterior, por lo cual César ordenó repetir toda la estructura, pero mirando hacia las afueras, Fosos, terraplén, empalizada, torretas, cepos y lirios, a los que se agregaron cinco campamentos de caballería y tres de infantería, colocados estratégicamente para intervenir con prontitud en cualquier punto de la fortificación. Este nuevo anillo medía 20 km de perímetro.

Ambos anillos de defensas se levantaron sólo en 30 días.

Justo a tiempo cuando llegó el ejército de refuerzo. Las hordas galas, que se estrellaban una y otra vez contra este doble anillo, lanzaban sus efectivos amparados en su número, mientras César, con su capa escarlata al viento, acudía a uno u otro punto de los terraplenes, donde el combate era más duro, a ser identificado por su vestimenta por sus muchachos, y así infundirles ánimo. La oportuna intervención en tiempo y forma de la caballería romana, y la defensa hercúlea tras formidables fortificaciones de campaña dieron la victoria, una vez más, a los romanos. Corría el año 52. Vercingetórix entregó sus armas.

La campaña de las Galias aún no había terminado con esta victoria, y César tuvo que sofocar uno a uno muchos puntos de rebelión, hasta la toma final de Uxellodunum. Ocho años de guerras terminaban con la toma de esta oppidum gala. El balance final fue la anexión de las riquísimas Galias a Roma, un millón de

galos muertos en combate, otro millón herido, y un millón más apresados y vendidos como esclavos. Todo ello, con menos de 50.000 legionarios romanos.

CÉSAR Y POMPEYO

El genio militar de César aún tendría otras oportunidades de destacarse. La oposición del Senado, capitaneada por Pompeyo, que le dio la espalda a su socio, llevó a César a cruzar el Rubicón con sus legiones, algo que siempre lamentó porque el carácter legalista de César le impedía hacerlo. Él siempre quiso obtener lo que se merecía, pero siguiendo, como hemos mencionado antes, los pasos que la tradición romana dictaba.

En Dyrrachium, César repite la estrategia de Alesia frente a Pompeyo, pero mejorándola con fuertes externos y distintas líneas de defensa. La traición de unos galos que militaban en sus filas hace que Pompeyo se informe de los puntos débiles de esta fortificación, y César tiene que retirarse después de perder a 500 hombres.

El enfrentamiento final con las tropas de Pompeyo fue en Farsalia, lugar al que atrajo a Pompeyo después de la derrota simulada de Dyrrachium, como Vercingetórix después de Gergovia. En Farsalia, César contaba con 23.500 legionarios en ocho legiones (cada legión estaba, pues, casi a la mitad de sus efectivos), 7.000 infantes auxiliares hispanos y 1.000 experimentados jinetes galos y germanos, que tanto resultado le dieron en las Galias. Pompeyo disponía de 11 legiones completas, con 50.000 hombres, 4.200 infantes auxiliares, 5.000 efectivos de infantería hispánica y la abrumadora cifra de 7.000 soldados de caballería, al mando de Tito Labieno. Labieno había sido mano derecha del propio César en la guerra de las Galias, como comandante de caballería, pero en el enfrentamiento entre estos dos colosos romanos, César y Pompeyo, se situó en el bando de este último.

La proporción era de más de dos a uno. Pero en caballería, ésta aumentaba a 7:1. César, genial estratega, previó la táctica de Pompeyo, y basó su ataque justamente en la caballería galo-germana, apoyada por infantería ligera. Sus mil hombres barrieron a los siete mil de Labieno, provocando el derrumbe del flanco izquierdo de los pompeyanos y la pérdida de la batalla. En este caso, fue la audacia en el planteamiento de la estrategia y el buen hacer como soldado lo que le dio la victoria a César.

Egipto, África y la derrota en Hispania (concretamente en Munda, lugar aún por descubrir) de los restos del ejército de Pompeyo vistieron de gloria muchas veces a Cayo Julio César.

La personalidad de este ilustre romano es fruto de muchas controversias, pero sus logros como estratega están fuera de toda duda. Vivaz de pensamiento, con unas capacidades intelectuales sobrehumanas, políglota, escritor, era también un político muy inteligente y un general extraordinariamente dotado para el arte de la guerra. Nunca seguía los consejos de los manuales de estrategia y táctica, y sabía aprovechar la más mínima ventaja en su favor. Reconocía de manera intuitiva los puntos débiles del enemigo, y era capaz de adoptar sobre la marcha, con espontaneidad y rapidez, cambios en sus órdenes que le hacía una y otra vez vencedor. Entrenó a "sus muchachos" en su forma de ser, y los hizo duros, férreos y a la vez flexibles, dotados de iniciativa y conscientes de que quien los dirigía era un hijo de la Fortuna. Sus soldados fueron para él lo más valioso, y nunca llevó a la ligera la pérdida de ni siquiera uno solo de sus hombres. Los amaba, y se sentían amados.

Podía moverse con una velocidad pasmosa, y nunca atacaba como era de esperar.

Todas estas virtudes lo hicieron el general romano más impresionante de todos los tiempos, y sin duda una de las cimas de la estrategia militar mundial. Pero a lo largo de este artículo, he querido demostrar que tras esas capacidades militares clásicas, también se escondía un ingeniero, un arquitecto, un minero, un zapador y un marino de primer orden, que utilizó todas estas artes para vencer a un enemigo siempre superior en número, siempre en posiciones más ventajosas.

César le debía su éxito tanto a su formación militar, como a su buen hacer como versátil constructor. Y demostró que las guerras se pueden ganar también con un pico y una pala.

EL CAMPAMENTO ROMANO Y LAS "MULAS DE MARIO"

Aunque todos hemos visto en alguna ocasión una representación de un campamento de legionarios romanos, es imposible abordar la relación entre el éxito militar romano y su capacidad como ingenieros sin dedicarle unas líneas. Digamos que los generales romanos articulaban gran parte de su estrategia en torno al uso de sus campamentos fortificados.

Existen diferencias entre campamentos permanentes, realizados con maderas o piedras, y el campamento de campaña, levantado por las legiones después de 30 km de dura marcha (en el caso de las legiones de César, 50 km o más), y que a la mañana siguiente se desmontaba para volver a construir a una jornada de distancia.

Los legionarios romanos eran apodados con ironía las "mulas de Mario", ya que, en otra de sus reformas, este general fue el que distribuyó los pertrechos entre cada soldado para hacer el convoy de suministros mucho más pequeño, logrando con ello una mayor movilidad con las legiones.

Cada legionario marchaba con la cabeza descubierta, armado de coraza, cinturón, espada y daga. El pilum era portado en la mano derecha, mientras que apoyado en el hombro izquierdo, en una vara, colgaba el casco y el escudo, en su respectiva funda. En el petate se incluía ración de cereal para cinco días, legumbres y tocino, aceite, plato y taza de bronce, enseres de aseo, ropa de repuesto, la capa pluvial y ropa de abrigo; una manta, un cesto de mimbre plano para remover la tierra y recuerdos y talismanes personales; alguna herramienta para cavar, y dos estacas de las que luego formarían la empalizada del campamento se amarraban sólidamente a la estructura del petate, conformando un bloque sólido que no estorbaba la marcha. Entre cada 8 hombres (el octeto), que iban a ocupar una tienda, se repartían algunos enseres comunes: la levadura, el pedernal, la sal, una lámpara y su aceite,... alrededor de 30 kilos para cada legionario. Las "mulas de Mario"...

Además, cada octeto disponía de un animal de carga, generalmente una mula (esta vez de verdad, un equino auténtico), que se encargaba de transportar un molino de trigo, un horno de arcilla para el pan, los enseres de cocina (ollas, cucharones, etc.), el armamento de repuesto, agua y la tienda común. La mula era atendida por dos no combatientes, y las ocho mulas de cada centuria avanzaban trotando detrás de la misma.

Al dar la orden de acampada, cada legionario sabía con precisión matemática cuál era su puesto y función, y el campamento se levantaba en un tiempo envidiable para cualquier ejército.

Mientras la mitad de la legión se ocupaba de formar en guardia para evitar ataques (en muchas ocasiones se entablaron estos combates, mientras los compañeros terminaban el campamento detrás de las líneas), se cavaba un foso de 4 m de ancho y 3 de profundidad siguiendo una forma rectangular. La tierra era apilada para formar un muro, coronado por las estacas que cada legionario llevaba, atadas fuertemente entre sí, para formar una sólida empalizada. Las tiendas eran de 4 plazas, ya que siempre estaba la mitad del ejército de guardia, y se levantaban a 30 m del muro, para evitar los proyectiles que se lanzaran desde el exterior. Un campamento de invierno se levantaba con piedras y cabañas de madera, ocupando una superficie de 1.500 m². Para una noche de campaña, bastaba con la tercera parte de esta superficie. Los campamentos de caballería eran ligeramente distintos, pero en todos, cada uno conocía exactamente su lugar, repetido en innumerables ejercicios. Hasta los animales sabían de memoria dónde ir.

Dos avenidas perpendiculares, como mínimo, atravesaban el recinto, y el campamento disponía de "plazas", ensanches, para los quehaceres de la tropa. En el cruce de las principales avenidas se instalaba el puesto de mando.

Bibliografía:

- Julio César: Comentario de la Guerra de las Galias
- Editorial Debate, asesor Ian Gibson: Protagonistas de la Civilización: César
- Otto Zierrer, Herbert Reinos: "Grandes acontecimientos de la Historia"

- Javier de Juan y Peñalosa, Santiago Fernández-Giménez: Historia de la Navegación
- Collen McCullough:
 - El Primer Hombre de Roma
 - La corona de Hierba
 - Favoritos de la Fortuna
 - Las mujeres de César
 - César
- Editorial Plaza y Janés: Gran Larousse Universal. 37 tomos
- Editorial Planeta: Gran Enciclopedia Larousse. 24 tomos
- Carlos Fisas: Historias de la Historia
- Enciclopedia Digital Encarta
- www.historialago.com
- www.israel.org

Esteban Coronado Berosio

Fuente

Las Legiones de César

Revista Esfinge- [Historia](#)

[Esfinge núm 50 - Octubre 2004](#)

[Esteban Coronado Berosio](#)



Estos artículos son Copyleft bajo una licencia de Creative Commons. Pueden ser distribuidos o reproducidos, mencionando su autor y la web fuente de la información, siempre que no sea para un uso económico o comercial. No se pueden alterar o transformar, para generar unos nuevos.